

Mi amigo Miguel

Tuve yo, cierta vez, una disputa pública con el amigo Miguel en donde quedó demostrado, netamente, de qué manera más distinta veíamos ambos tanto la vida como su entorno. Le movían a él los gestos generosos, la bondad interna, el sentido de la amistad, el sentimiento de ser ciudadano de una grata república compuesta de hombres de fe y buena voluntad capaces de moverse en un sentido particularmente positivo, esperanzador, optimista y hasta eufórico. Cualquiera que me conozca mínimamente, sabrá que soy, un poco, el antípoda de todo eso. En uno de sus libros más conocidos y cuyo título ya es una definición lapidaria, *Gran país, difícil país*, me dedicaba todo un capítulo que llevaba por título *Aizarna no se entera*. Era verdad. Ese irredento e irrecuperable personaje que yo era, lleno de telarañas de incompreensión hacia el mundo en que vivía, roído por los cánceres de todas las dudas y escepticismos, ególatra impenitente que nunca hacía un esfuerzo mínimo a favor de nadie, que entendía mejor a los demás que lo que a mí mismo me entendía, no se enteraba, no se podía enterar de las claves del mundo que sí en cambio comprendía desde una neta percepción de concreciones ese personaje tan singular que Miguel escondía bajo su físico sonriente y amable, todo un puro gesto de cortesía y de simpatía en la mirada y en la mano que alargaba en saludo, en los rictus de la boca y en el dibujo de los labios que se le reían juguetones, en esa su especial manera de caminar de sus últimos tiempos, un poco como ave averiada en sus avíos volátiles, una gaviota ligeramente herida a la que el aire marino le plumea plumoneándole a contraviento, un hombre que caminaba un poco en la cuerda floja de los años como si estuviera jugando en un columpio ideal, un trapecista arriesgado que volatineaba los espacios con una tan acercada idea de la gravedad que era una pura maravilla de la intuición de la física sonámbula, yo diría.

Digo del andar y del ser de mi amigo Miguel y vuelvo a aquella extraña disputa que por un tiempo nos embargó, nacida, por supuesto, de aquella mi ignorancia del vivir que, a pesar de todo, siempre me ha parecido más ventajosa que lo contrario, entrañable en los entresijos de mi alma porque creerlo así me parece que sirve de mucho para alimentar mis victimismos en este "gran país, difícil

país" en donde nada eres sin ellos aunque tampoco con ellos, qué duda cabe. Comenzó la disputa porque yo le había denunciado por un breve estudio que él había hecho de la literatura guipuzcoana de por aquel entonces, un estudio que mi robespierreana condición no podía dar por aceptable porque exigía que nos tratase a golpe de knut o de rebenque hasta dejar la piel en puras túrdigas y no con plumas de ave untadas en oleoso bálsamo como el amigo Miguel se esforzó en trazar. Me vuelven los escuálidos camellos de la discordia por los caminos de la intolerancia, amplios como los desiertos, al ver de qué manera, sin causa justificada alguna denuncié públicamente una culpa que no lo era, porque es uso y costumbre entre gente civilizada (que yo no lo era ni nunca lo he sido), aminorar las canciones de la protesta para que ni nos rajen ni nos estropajeen la garganta y para que tampoco los proyectiles hieran más de lo conveniente que en toda relación humana y más en clanes o colectividades pequeñas, más en uso debe estar la caricia que la rozadura, como Miguel bien lo sabía y yo prefería ignorar.

No es que venga yo ahora a cantar la palinodia ni mucho menos a arrepentirme que para nada sirve arrepentirse como nunca ha servido para nada ningún arrepentimiento si no es para contentar los extraños masoquismos de ese Dios que dicen que le gusta perdonar al arrepentido y jugar con ese juego absurdo de esperar que ocurra lo que ya sabía que iba a ocurrir, que vaya juegos más insólitos y surrealistas han ido inventando las religiones... Vengo más bien a contar una anécdota en la historia de un hombre bueno que tenía la facultad egregia de defender sus posturas cuando algo o alguien le rozaba que es condición de alma honesta y con amor propio, dos características circunstanciales que sin embargo tan sustanciales eran en Miguel. Y es que él contestaba siempre, corazón valiente, a todo aquel que le inquiría, o le acosaba, o le molestaba por algo. Gran polemista, nunca rehuyó un cuerpo a cuerpo, jugando siempre con armas limpias, contestando con razones ponderadas y bien argumentadas a lo que se le imputaba.

Fue gran notario de su tiempo, poseído de esa punta de conocimiento de sí mismo imprescindible para saberse en el papel de escritor, de oficio preclaramente elegido y asumido hasta el fin. Y no



Fotografía cedida por Felix Polo Etxaniz.

voy yo ahora a hacer recuento de su larga trayectoria literaria que mejores amanuenses hay para ello. Diré sí, en cambio, que tuvo siempre presente Miguel, consciente o intuitivamente, aquel mito de Anteo de que de Gea, La Tierra, de la Madre Tierra, nace la fuerza. A su tierra, en definitiva, a su pueblo y a sus costumbres, a sus características, a sus virtudes, a sus hombres y a sus trabajos, una especie de Teogonía a lo Hesíodo, consagró la mayor parte, si no toda, de su producción literaria, con especial predilección a su más neto deporte, la pelota, a la que dedicó, posiblemente, su obra más señera, esa trilogía que es como una especie de "sancta sanctorum" de su personalidad, el mundo en el que mejor se ha movido, en íntima compañía de sus principales agonistas, Azcunaga y Kapero, en donde recrea el primoroso pueblo de Ondarain de donde la novela inicia y planea su vuelo universal, obra también en cuyos fogosos prólo-

gos, sobre todo en el de la última novela, *El último pelotazo*, nos da un perfecto retrato de sus inquietudes y ambiciones literarias, de sus pensamientos sobre el estilo y las técnicas, de las bases en que ha de sustentarse, y, sobre todo, esboza el perfecto perfil de lo que tiene que ser un escritor vasco, con referencias acertadísimas a Baroja, Loti, etc, un perfecto testamento de escritor vasco y de sus más preclaras leyes.

Me da por pensar que ahí, en esa su tendencia centrípeta a lo raigal, a lo germinal, a su ombligo, a la matriz donde se engendró su alma, está tanto la patente virtud de su literatura como el arraigo de su autor en la memoria y en el afecto de sus paisanos, que tan hondamente gozó en vida. ¡Descanse en paz el amigo Miguel, hombre de bien, generoso amigo, escritor sincero y enamorado de la tierra que le vio nacer!...